



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

G868.73  
D37c

Delgado, Juan B.  
Canciones surianas

~~28868 1040~~

GB68.73 D37C LAC

GB68.73  
D37c



LIBRARY  
OF  
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA  
COLLECTION

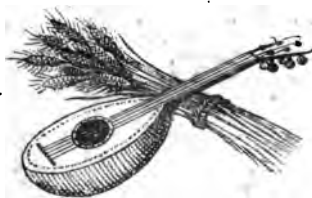


JUAN B. DELGADO

---

# CANCIONES SURIANAS

1897-1900



MÉJICO

TIP. Y LIT. «LA EUROPEA,» DE J. AGUILAR VERA Y COMP. (S. EN C.)

Calle de Santa Isabel Núm. 9.

1900

1900  
1901

**Al Señor**  
**Licenciado Don Rafael Rebollar**





LIBRERÍA  
UNIVERSITARIA DE TEXAS

## MI GUITARRICO.

A Próculo F. Meñas.

«Es mi guitarrico «duce» ó plañidero  
«Asigún» yo «quero;»  
Tiene cinco cuerdas bien «arrestiradas»  
que se «rín» ó lloran con mis «rasguñadas.»

*(Canto Popular.)*

A guisa de lira de oro  
yo tengo mi guitarrico,  
con el cual siempre acompaño  
cantos del Sur á los indios.

Su caja comba es la fuerte  
coraza de un armadillo,  
y tiene cinco clavijas  
porque sus cuerdas son cinco.

Su cuello es delgado y corto,  
negra su boca de abismo;  
¡boca que canta ó suspira  
con un dolor infinito!



Cuando las copiosas lluvias  
 anuncian años proficuos,  
 y más tarde los graneros  
 se ven de mieses henchidos;  
 en medio á la gente agrícola,  
 que festeja á San Isidro,  
 se eleva el rústico canto  
 de mi pobre guitarrico.

En las bodas pastoriles  
 de Galatea y Mirtilo,  
 lanza sus epitalamios  
 y ríe de regocijo;

y en los entierros solemnes  
 de los viejos y los niños,  
 tras el trueno del petardo  
 él desgrana su llorido.

Y llega la Noche Buena  
 con sus brumas y sus fríos,  
 y entonces lanza á los aires  
 sus alegres villancicos.

¡Oh vihuelita serrana  
 que llevo siempre conmigo;  
 histérica cuyos nervios  
 pongo en tensión al herirlos!

Pues eres la musa joven  
que inspira los versos míos,  
arrúllenme tus rasgueos,  
aduérmanme tus sonidos;

y que á tu rítmico acorde  
como á un conjuro divino,  
surjan, abiertas las alas,  
las canciones de este libro.



## SONETO VERDE.

A Celedonio Junco de la Vega.

Es todo verde: el Iris que en pos del aguacero  
de cumbre á cumbre tiéndese — soberbio arco triunfal —  
al cielo trueca en lámina de pavonado acero  
al derramar su glauco, lumíneo y espectral.

¡Qué verde el abanico del alto cocotero!  
¡qué verde la onda trémula que afluye al bejuca!  
¡qué verde el guacamayo que aturde por parlero!  
¡qué verde el romerillo que cubre mi jacal!

La gama de los verdes el bosque ha empenumbrado;  
el Sol, como la flama de gran ponchera, ha dado  
á todo un misterioso y eclógico verdor....

¡Tú sólo, niña rubia, perdida en el bosque,  
eres la nota de oro del vespéral paisaje,  
nota que inspira al Títero alado, al ruiscñor!



## GEÓRGICA.

A José García Rodríguez.

Alborea. Es el instante,  
es el solemne momento,  
en que, la luz palpitante,  
su áurea bandera triunfante  
despliega en el firmamento.

Se fué la noche—la negra  
esclava de faz adusta—  
se fué la que tanto asusta,  
llegó la que tanto alegra!

¡La aurora! Ved: ya galana  
como la Venus pagana,  
surge en los mares de Oriente,  
mostrando el seno turgente  
de nivosa porcelana.

Desata sus crenchas; dora  
el cielo con su atavío,  
y sobre las flores llora  
ese llanto que atesora  
hecho perlas, el rocío.

Todo es alegre á esta hora  
en que se despierta el mundo  
de sueño triste y profundo:  
el gallo á lo lejos canta,  
y cada árbol, cada planta,  
siente las celdillas llenas  
de savia que les afluye,  
y circulándoles huye  
—sangre blanca—por sus venas.

Ya en los girones de bruma  
que del lago se desprenden  
y cual humareda ascienden,  
el caserío se esfuma.

Ya empinada en el alero  
coquettea la paloma,  
y el fragante limonero  
—arábico pebetero—  
suelta en ráfagas su aroma.

Madruga el rústico; deja  
el leñador la cabaña,  
y, el hacha al hombro, se aleja  
camino de la montaña.

Bala en el redil la oveja;  
 en los lejanos corrales  
 brama el selvático toro,  
 y por cima los trigales,  
 rizados en ondas de oro,  
 se ciernen en densa nube  
 los tordos madrugadores.

Entretanto, el Sol ya sube:  
 se apresuran los pastores  
 á ordeñar; los labradores  
 van á uncir, y el buey tardío  
 el testuz al yugo ofrece.

¡Qué rumor produce el río  
 que colérico se hincha.....  
 —gigante boa—parece  
 que se escama y da pavoral  
 El potro piafa y relincha  
 retozando en la llanura;  
 soplan hábitos süaves  
 susurrando en la floresta,  
 y ora dulces, ora graves,  
 saludan al Sol las aves  
*“con un himno á toda orquesta.”*

\*  
\* \*

Salud, ¡oh Sol! ya tu disco,  
que asoma entre las escamas  
del crestón de abrupto risco,  
flameante se estremece  
como abanico de llamas.

Y crece el rumor, y crece  
el movimiento y la vida,  
cuando en el campo amanece  
y á sus labores convida;  
el rebaño va á la punta  
del alto monte, que encierra  
pasto abundoso; la yunta  
va á labrar la inculta tierra;  
la ronda de campesinos  
de corvas hoces armada,  
va por diversos caminos  
á segar la mies dorada;  
y las yeguas, que fustiga  
látigo en mano severa,  
corren á trillar la espiga  
amontonada en la era.

.....  
.....

¡A la lucha, labradores,  
á regar vuestros sudores  
en la tierra, el cielo os trajo. . . .!  
¡Id á la diaria fatiga  
y Dios vuestro pan bendiga,  
adalides del trabajo!





## A UN LABRADOR.

A Federico de Samaniego.

El labrador es el Rey de la Naturaleza.

E. CASTELAR.

Bien haces, labrador; levanta al cielo  
la sencilla plegaria; echaste el grano,  
y, en llegando la lluvia y el verano,  
pródigo Dios fecundará tu suelo.

¡Feliz quien busca paz, dicha y consuelo,  
siendo de estas comarcas soberano!  
¡Feliz quien alza encallecida mano  
y bendice á sus hijos con anhelo!

Allí estás, ni envidioso ni envidiado:  
no sueñas el alcázar de los reyes,  
la cabaña es tu hogar pobre y honrado;

no inclinas la cerviz á duras leyes. . . .  
¡Ah, cuánto gozo al verte reclinado  
en el robusto lomo de tus bueyes!

## EN LA HAMACA.

A Rubén M. Campos.

Descansa, es la hora. De lo alto descende  
en sueltos girones la roja calina;  
el Sol—ígneo loto—su cáliz enciende  
y el fuego que riega los montes calcina.

Descansa, mi reina, descansa, ya es hora:  
la tierra vomita su aliento de fragua;  
ya todas las flores marchitas están;  
el pez—áurea flecha—nervioso desflora  
las ondas del agua,  
y sale á los bancos de arena el caimán.

Su oliente resina sudó el liquidámbar  
—aroma enervante, selvático y rico—  
y el aire con tenues perfumes de ámbar  
se antoja el que esparce sedefío abanico.

Te aguardo impaciente, no tardes, te espero;  
la hamaca á la sombra del plátano oscila;  
su toldo es el toldo de un gran parasol. . . .  
ya plañe la flauta del indio hamaquero. . . .

¡Oh ven, mi tranquila,  
mi tierna, mi dulce torcaz-tornasol.

¡Cuán bello que ríes! . . . Tu boca es un broche  
de rojos claveles; y en tu hombro albeante  
tu obscuro cabello, semeja hosca Noche  
que enreda sus sombras á un Alba triunfante.

¡Tus ojos. . . . en ellos con fúlgido fuego  
Amor—mariposa voluble—hace gala  
batiendo dos pétalos de oro y azul;  
en ellos un vivo placer, loco y ciego,  
audaz quema el ala;  
en ellos esplende la lumbre del Sur!

Pareces querube tendido en la cuna,  
la música oyendo de eclógicos sonos,  
ó bien tremulante rayito de luna,  
prendido en un copo de lácteos vellones.

Descansa, mi reina, descansa, ya es hora;  
la tierra vomita su aliento de horno. . . .  
ya todo se aduerme, no se irgue una flor;  
allá, entre las ramas, el ave canora,  
sacude el bochorno. . . .  
y en tanto, yo arrullo tu ensueño de amor.

## LA CAIDA DE LA TARDE.

A Victoriano Salado Alvarez.

El día se estremece agonizante;  
el Sol enrojecido centellea  
del triste Ocaso en el confín distante,  
como el ojo de un cíclope gigante  
que próximo á cerrarse parpadea.

¡Qué confusión de cantos y rumores  
al nacer la tiniebla!—Sopla el viento  
manso y garrulador entre las flores,  
y suenan á lo lejos los clamores  
del toque de oración, místico y lento.

El tordo en el jagüey ya no se baña,  
vuela hacia el nido que su amor encierra;  
el ganado descende la montaña,  
y el rústico retorna á su cabaña  
tras de la yunta que labró la tierra.

Del sombrío manglar en la espesura  
asorda el *guaco* con su bronco grito;  
el zenzontle salmodia con dulzura,  
y entre la sierra lóbrega y oscura  
crotoran el faisán y el *totolito*.

En la extensión del bosque americano  
 arrulla la torcaz bajo la chaca;  
 silba el grillo un monólogo lejano,  
 y la rana, escondida en el pantano,  
 finge ruido estridente de matraca.

La queja de la tórtola se aduna  
 á la charla del mirlo, alegre y loca,  
 y en el espejo azul de la laguna  
 semeja melancólica la Luna  
 cuajado trozo de cristal de roca.

El polen de su luz vuelca en el suelo  
 Vésper-capullo de oro que revienta—;  
 y en la paleta cóncava del cielo  
 se diluye á través de opaco velo  
 una brochada vívida y sangrienta.

La noche prende su cendal umbrío  
 y el mundo adquiere aspecto funerario:  
 cabe la orilla del sonante río  
 se destaca más blanco el caserío  
 y surge más escueto el campanario.

Todo hace despertar un sentimiento  
 de inefable y letal melancolía. . . .  
 ¡No sé qué misterioso arrobamiento

hace que suba á Dios el pensamiento  
en alas de la dulce poesía!

Agoniza el crepúsculo; es la hora  
en que el genio del mal—Otelo que arde  
en la llama vivaz que le devora—  
asfixia á la Desdémona que adora,  
á esa inocente pálida, la tarde.



# ACUARELAS.

## I

### LA MAÑANA.

A M. Larrañaga y Portugal.

Huyó la noche. El horizonte umbrío  
con cendales de oro se engalana,  
y curiosa la luz de la mañana  
se yergue tras el blanco caserío.

Circula en el bosque hálito frío,  
arrastrando la voz de la campana,  
y el cisne nadador de ala liviana  
roza sus plumas en el haz del río.

El día va á nacer; el Sol colora  
el cielo con sus vívidos fulgores  
y las hacinas de rastrojo dora.

Alzan himnos los pájaros cantores,  
y el rocío-el llanto de la aurora-  
se deslíe en las urnas de las flores.

## II

## LA SIESTA.

A José M. Bustillos.

El Sol—globo de fuego—suspendido  
en el alto cenit, lento flamea,  
y sobre el blando yerbazal sesteá  
el rebaño á la sombra guarecido.

Cerca se oye el monótono rüido  
del rudo hachero que tenaz golpea,  
y allá en la selva el cuerno que vocea  
de algún errante cazador perdido.

Se alza del suelo, cual vapor de horno:  
en bandadas las aves van ligeras  
al río, y mojan los sedientos picos;

y por calmar el estival bochorno,  
cabecean á veces las palmeras,  
agitando sus verdes abanicos.



## III

## LA TARDE.

Á Enrique Fernández Granados.

El Sol se va, se hunde lentamente;  
Venus asoma en el azul del cielo,  
y rebujada en vaporoso velo  
pálida huye la tarde al Occidente.

El tardo buey bajando la pendiente  
muge cansado de labrar el suelo,  
y la torcaz con desmayado vuelo  
gime y solloza de su nido ausente.

Y la noche se acerca grave y muda,  
surge la Luna y en su lumbre baña  
el girón de celaje que la escuda.

Regresa el leñador de la montaña  
y su esposa que al verlo le saluda,  
lo abraza en el umbral de la cabaña.

## IV

## LA NOCHE.

A Miguel Bolaños Cacho.

Su cabellera de ébano desata  
sobre los montes la apacible diosa  
y en el palio del cielo, temblorosa,  
prende luceros pálidos de plata.

Yace todo en letargo; se recata  
al ósculo del céfiro la rosa,  
y en calma tan solemne y religiosa  
desgrana su rondel la serenata.

En el limpio cristal de la laguna  
hay serpenteo rápido y luciente,  
astro tras astro al reventar el broche.

¡Mirad: parece al asomar la luna,  
como un nimbo de luz sobre la frente  
obscura y pensativa de la Noche!

## LOS ALACRANES.

A Amado Nervo.

El bigote de mi boca  
sobre la tuya al besarte,  
parece alacrán bermejo  
sobre una rosa de carne.

*(Canto popular.)*

Es la siesta de oro. Ya el Sur mansamente  
dormitando yace;  
la afanosa araña su nipona seda  
teje infatigable;  
llueve sobre toda la Tierra Caliente  
lumbre tremulante,  
y fingen crisoles hirvientes los ríos  
y su guitarrico la cigarra tañe.

Míralos: del fondo negro del terruño  
que cubren las greñas de los yerbazales,  
de entre los rastros del jacal indiano  
y de entre las crústulas de los viejos árboles,  
buscando los rayos del Sol, ya saliendo  
van los alacranes!

Míralos: ansiosos, tijereteando  
van entre la yerba sedientos de sangre;

todos los insectos que á su paso encuentran,  
vampiros alevos, los tornan cadáveres.

¡Oh los traicioneros, oh los malhechores,  
oh los criminales!

Doré á los dragones que grabó en las páginas  
del libro de Dante,

no les dió el aspecto que tenéis vosotros,  
viles alacranes . . . .

¿Qué loco poeta, qué astrónomo iluso  
en sus ideales,

entre las miriadas de rubias estrellas  
pudo distingueros bellos y radiantes?

¿Por qué formáis parte de los misteriosos  
signos zodiacales?

¡Cómo tiembas, niña; tal parece al verte,  
pálida y cobarde,

que en el seno llevas un grueso puñado  
de esos alacranes!

¡Oh criolla, mi criolla de ojos negros, como  
dos lagos que asombran lúgubres frondajes;

la que tiene fina vellazón dorada  
en la tez suave;

la que muestra labios frescos y purpúreos

que destilan néctar de anona fragante...  
labios como ubérrimas tunas del Otoño  
cuya carne pican pájaros voraces!

Bríndame tus labios — sangrientos claveles —  
que al sentir el polen de mi beso amante  
con supremo espasmo se estremecen.. dámelos..  
Y cuando en la hamaca tranquila descanses,  
yo—miserio esclavo—con un abanico  
de palmas reales,  
haré que la nube de moscos se ahuyente  
y seré el verdugo de los alacranes!

Entretanto, míralos: con sus ocho patas  
de ganchos puntales;  
la panza escamosa con su par de peines  
de diáfanos ámbares;  
el dorso enarcado y hecho con sortijas  
pequeñas y gráciles;  
vividlos los ojos múltiples; erecta  
la cola y vibrante,  
y abriendo y cerrando las férreas tenazas  
inquisitoriales,  
por entre la yerba, tijeleteando  
van los alacranes!

## LA FLOR DEL NOPAL.

A Gregorio Torres Quintero.

A las primeras lloviznas  
de la estación otoñal,  
cuando en las huertas los frutos  
comienzan á madurar;  
pláceme ver en los campos:  
— rubí, granate, coral —  
brindando miel al mosquito  
y aromas á la torcaz,  
la sencilla, la hechicera,  
la roja flor del nopal.

¡Flor de mis recuerdos, muchos,  
muchos años hace ya!  
á la sombra de un banano,  
cabe limpio manantial,  
dije á Rosa: — Yo te adoro,  
sin ti no hay felicidad . . . .  
Y ella, oprimiendo mi mano  
con cierto erótico afán,  
me dió por toda respuesta  
una flor: la del nopal.

Una mañana de Junio,  
mañanita de San Juan,  
fué, camino del *Mexcala*,  
Rosa, su cuerpo á bañar.

A solas allí le dije:

—Dame un beso pasional . . . .

Y ella trémula y turbada  
posó su boca en mi faz,  
y se puso ardiente y roja  
como la flor del nopal.

Y más tarde — no lo olvido —  
fuí á buscarla á su jacal,  
y al sorprenderla, de súbito  
cobarde empezó á temblar . . . .

—Vete, me dijo, estoy solal

Y yo, atrevido y tenaz,  
sin hacer caso á sus ruegos  
mancillé su castidad,  
cual se mancha al deshojarse  
la roja flor del nopal.

Y después . . . . ay! murió Rosa,  
murió la agreste beldad;  
la núbil criolla suriana  
para siempre duerme en paz!

Hoy mi lira — el guitarrico —  
llora mucho al recordar . . . .  
Todo pasó . . . . murió Rosa . . . .  
y sobre su tumba está,  
símbolo de amor constante,  
la roja flor del nopal.

Por eso á la primer lluvia  
de la estación otoñal,  
cuando en las huertas los frutos  
comienzan á madurar;  
pláceme ver en los campos:  
— rubí, granate, coral —  
brindando miel á la abeja  
y aromas á la torcaz,  
la humilde flor de mis sueños,  
la roja flor del nopal!





# OLEOGRAFIAS.

A Manuel Gutiérrez Nájera.

## I

### AL AMANE CER.

Se anuncia el claro Sol tras el vecino  
peñascal, donde humean los jacales,  
y derraman los aires matinales  
el acre olor del *oyametl* y el pino.

Madrugador se apresta el campesino  
á ordeñar la vacada en los corrales,  
y los tordos invaden los maizales,  
y alza el zenzontle su sonoro trino.

Se escucha en la cercana ranchería  
el alerta del gallo vigilante  
y el ruidoso ladrar de la jauría;

y de la Sierra en el confín distante,  
los loros, con salvaje greguería,  
ya comienzan su charla discordante.

## II

**AL CAER LA TARDE.**

Cuando el Sol con pereza se abandona  
en brazos de la Tarde, enardecido,  
vuelve á su choza el labrador rendido  
y el aire entibia la caliente zona.

El indio al son de su guitarra entona  
un canto melancólico y sentido,  
y en busca del regazo de su nido  
llora la tortolilla cimarrona.

¡Y es de ver, cuando el día sus fulgores  
sopla y apaga, mientras Venus brilla  
y suenan de la esquila los clamores;

cómo con fe, con devoción sencilla,  
las muchachas del pueblo llevan flores  
y acuden á rezar á la capilla!



## EL ALMA DE LAS FLAUTAS.

A José Juan Tablada.

Tityre tu patulae recubans sub tegmine fagi,  
Sylvestrem tenui musam meditaris avena.

EGLOG. I. VIRGILII.

Y los indios les inspiran á las flautas  
Sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Mientras triscan en el prado las ovejas  
y retozan en las peñas los cabritos,  
se congregan los pastores, bajo el toldo  
que abre un misericordioso tamarindo.  
Son los ángeles-custodios del rebaño;  
los que acechan á los lobos carniceros  
                    rondadores del aprisco;  
son los buenos habitantes de la sierra,  
                    son los indios!

Y á la sombra del gran árbol opulento,  
                    árbol-rey, árbol proficuo,  
verde lira de los vientos surianos,  
camarín de los zenzontles y los mirlos,  
los pastores tocan *aires* de la costa  
                    en sus flautas de carrizo!

Una dulce ola de música se eleva  
 desgranando su cristal en gorgoritos:  
 es un chorro de silvestres armonías  
 que se quiebra en el azur del cielo limpio. . . .  
 es el alma de las cañas que se queja  
 impulsada por el soplo de los indios. . . .  
 es el alma de las cañas que solloza  
 por los huertos odorantes á tomillo;  
 por las eras donde crujen las espigas,  
                   —oros pálidos y vivos—  
 por las yuntas que laboran en los campos  
 mansamente, con su grave porte olímpico;  
 por la púbera pastora Galatea  
 muy más blanca que el vellón del corderillo.

Y los indios les inspiran á las flautas  
 sus bucólicas triunfales y sus himnos!

Unas lloran con dolor de chirimía,  
 otras plañen como triste caramillo,  
 otras tienen la ternura de la avena  
 y otras el marcial *allegro* de los pífanos.  
 Y esa música salvaje, tan sentida,  
 que se escapa de las flautas de carrizo,  
 tiene un mágico poder: en su ala de oro  
                   nos remonta al infinito.

Hasta el ave se avergüenza al escucharla  
y en el buche esconde *tremolos* y trinos. . . .  
hasta sienten los jaguares al oirla  
misteriosos calosfríos,  
y las víboras se arrastran hacia ella  
por la influencia de su hechizo.  
¡Oh buen Pan, guarda tu rústica siringa  
que más dulces son las flautas de los indios!

Asombrados los zagales, bajo el toldo  
que abre el misericordioso tamarindo,  
mientras pacen las ovejas en el prado  
y entrechocan sus pitones los cabritos,  
se entretienen jubilosos é inocentes  
con sus flautas de carrizo;  
y en alegre ruedo todos congregados  
son un grupo melancólico de Títiros.

Lenta lenta, triste triste, suave suave,  
vuela el alma de las flautas de los indios;  
la melena de las frondas se estremece,  
se abre un surco luminoso en lo infinito,  
sopla tibia y leve ráfaga de viento,  
se columpia el gigantesco tamarindo;  
y, de pronto, diademada de laureles,  
con su túnica de armiño,

con la Lira de las Eglogas al hombro,  
proyectando su gran sombra sobre el río,  
dulce y tierna y melancólica y sagrada  
atraviesa la figura de Virgilio. . . .

Y los indios les inspiran á las flautas  
sus bucólicas triunfales y sus himnos!



## PLAYERA.

A Esteban Mercenario.

Qué acuarela marina  
desde la playa!  
Ven á mirar la tarde  
cómo desmaya. . . .  
De aliento escaso,  
el Sol —púgil vencido—  
rueda al Ocaso.

Allá. . . . lejos, flotando  
sobre las aguas,  
como cisnes de nieve  
van las piraguas.  
Ya la gaviota  
busca albergue en la peña  
que el mar azota.

Ya brillan los cocuyos  
en los palmares,  
los pescadores tornan  
á sus hogares;  
cierra la noche,

y— flor de luz— la Luna  
despliega el broche.

Y qué noche tan tibia  
de primavera,  
boguemos en la barca  
que nos espera. . . .  
Mulata mía,  
ya te aguardo en mis brazos  
con alegría.

Y llegó la mulata,  
nos estrechamos,  
hinchó el viento la vela,  
nos alejamos. . . .  
nos alejamos sobre las olas  
cantando *surianas*  
y barcarolas.



# AL CRAYON.

A José M. Ochoa.

## I

### PRIMAVERA.

El cielo azul, el aire embalsamado  
con el olor sutil de nuevas flores,  
y quebrándose en prismas de colores  
la onda turgente que fecunda el prado.

La golondrina vuela en el sembrado,  
nuncio de la estación de los amores,  
y se allega á los pájaros cantores  
que anidan en los huecos del tejado.

Esplende el horizonte y se abrillanta  
bruñido por el Sol; aura ligera  
desentume su ala y sopla y canta.

Y en tanto Amor, con risa halagadora,  
llega al lecho feraz de la pradera  
en que desnuda se recuesta Flora.

## II

## ESTIO.

A José P. Rivera.

¡Tibio el aire, la atmósfera pesada!  
A lo lejos, mirad: por la colina,  
vése cruzar la acuática gallina  
en busca del raudal de la cañada.

En la sombría selva enmarañada  
ni arrulla la torcaz ni el mirlo trina,  
y el viento polvoroso arremolina  
las hojas de la yerba calcinada.

Entona la cigarra canto ronco  
entre el breñal; el campesino rudo  
yace tendido sobre agreste tronco;

y echado al pie de corpulento roble,  
que á los dardos del Sol sirve de escudo,  
el buey abate la cabeza noble.

## III

## OTOÑO.

A Antonio de la Peña y Reyes.

Los soplos de los vientos otoñales  
las espigas de oro balancean,  
y ansiosos y voraces picotean  
sus ya maduros granos, los zarzales.

Conviértense los prados en eriales,  
las nubes se desgranán y gotean,  
y cuajados de pomos, cabecean  
en el umbroso huerto los frutales.

¡Oh pródiga estación, en que corona  
Otoño con sus frutas sazonadas  
la frente pensativa de Pomona!

¡Oh imagen de mis íntimas angustias,  
caen mis ilusiones marchitadas  
como miro caer tus hojas mustias!

## IV

## INVIERNO.

A Alberto Herrera.

La nevasca envolvió las formas yertas  
de la Naturaleza adormecida,  
y el Invierno con mano enflaquecida  
de la blanca estación abre las puertas.

En las desnudas ramas de las huertas  
el ave pliega el ala entumecida,  
y circulan perfumes que dan vida  
—¡almas errantes de las flores muertas!—

Así yace mi espíritu sombrío:  
lo cubrieron de escarcha los dolores,  
y se estremece ante el rigor del frío. . . .

¡Y qué importa! Al soñar idos amores,  
los recuerdos, cual ráfagas de Estío,  
traenle efluvios de sus muertas flores.

## FLORINDA.

A Ignacio M. Luchichí.

Es Florinda la muchacha,  
la simpática pastora  
más gentil y seductora  
del alegre Ajuchitlán;  
son sus labios que tiñeron  
de rubí los *cardenales*,  
dos riquísimos panales  
que manando miel están.

El nervioso y revolante  
colibrí tornasolado,  
busca el jugo almibarado  
de esa boca virginal,  
que al abrirse muestra blanca  
dentadura, que se antoja  
una espléndida panoja  
que aun no cuaja en el *milpal*.

En su aliento tibio y blando  
hay selváticos aromas,  
sus mejillas son dos pomas  
matizadas de carmín;

y sus ojos por brillantes,  
por serenos é impolutos  
se parecen á los frutos  
del agreste capulín.

Es del Sur: de esa comarca  
de productos tropicales,  
la de vastos cafetales  
que fecunda el ígneo Sol;  
de esos campos donde cruza  
Atoyac el altanero,  
y donde abre el bananero  
su chinesco parasol.

No bien llueve en los alcores  
rosas pálidas la aurora,  
cuando vase la pastora  
á un estanque entre el juncal;  
y allí baña con deleite  
de la linfa en los cristales,  
los hechizos sensüales  
de su cuerpo escultural.

Y comienza su trabajo:  
se dirige á la majada,  
y entre toda la vacada

á su *josca* va á ordeñar ;  
 y después que ha concluído,  
 el cacharro al hombro se echa  
 y retorna satisfecha  
 caminito de su hogar.

Cuando el Sol se ha levantado  
 —ascua de oro— tras la cumbre,  
 y el influjo de su lumbré  
 todo aviva al parecer ;  
 la zagala bulliciosa,  
 con donaire y con salero,  
 á su novio, á su *yuntero*  
 lleva alegre de comer.

¡ Ah ! Florinda nunca tiene  
 un instante de sosiego,  
 por sus venas corre fuego :  
 es ardiente y es feliz.  
 Ora silba á los *zinzontes*  
 pastoral canción sencilla,  
 ora envuelve mantequilla  
 en las hojas del maíz ;

Ora riega los jacintos,  
 las violetas, los claveles,

retozando en los vergeles  
como inquieto pica-flor;  
ora teje fina hamaca  
(muestra en todo su progreso)  
ó fabrica el lácteo queso  
que le ofrece á su señor.

Es de verla los domingos  
con las criollas de su raza,  
caminar rumbo á la plaza,  
con su garbo y con su sal;  
y lucir la gargantilla,  
los aretes, el peinado,  
y en el talle, bien terciado  
el rebozo nacional.

Y seguido se confiesa  
con el viejo *tata cura*,  
quien celebra su hermosura  
y de bodas le ha de hablar;  
mientras ella, el rostro bajo,  
ruborosa, avergonzada,  
queda trémula y turbada  
sin poderle contestar.



Así vive la zagala,  
la simpática Florinda,  
siempre fresca, siempre linda,  
trabajando con afán ;  
en su pueblo, allá en su tierra,  
esa tierra que Dios quiso  
fuera el fértil paraíso  
del florido Ajuchitlán.



## GRIS.

A Joaquín Pedraza.

Qué tristes se presentan los campos en Otoño!  
No existe ni un capullo, no queda ni un retoño,  
y gris tornóse el cielo,  
el cielo antes azul.

Se fué la charlatana, viajera golondrina,  
los nidos están solos, y flota la neblina  
surgiendo de los lagos como cendal de tul.

Al fin murió la tarde; tras su fulgor escaso,  
la fúnebre tiniebla ensombreció el Ocaso,  
y el astro de la noche  
ya enciende su fanal.

Crepita la hojarasca dispersa en la llanura,  
y gime la huilota temblando de ternura,  
echada entre los surcos polvosos del maizal.

Naturaleza mustia, naturaleza fría,  
Naturaleza triste, mi sola poesía,  
es todo el Universo  
tu vasto panteón.

No bien llega el Otoño, no bien se acerca Octubre,  
te cubres de hojas secas como también se cubre  
de muertas esperanzas mi enfermo corazón.

Cuando la Primavera despierte á los amores,  
y fecundice el suelo, y traiga aves y flores,  
ya te alzarás soberbia  
del lúgubre ataúd.

Mas ¡ ay ! que yo abatido por negros desengaños,  
no aspiraré las flores de mis primeros años ;  
se fué mi primavera, se fué mi juventud!



# CLARO-OBSCURO.

A Bernabé Bravo.

## I

### LA TORMENTA.

¡Qué confuso rumor! ¡Qué algarabía  
se escucha de la selva entre el ramaje!  
Estalla el trueno con fragor salvaje  
retumbando en la obscura serranía.

El relámpago azota la sombría  
inmensidad del lúgubre paisaje,  
y el huracán sus gritos de coraje  
mezcla á la desacorde sinfonía.

¡Qué fúnebre concierto! ¡Qué estridentes  
notas! ¡Oh Dios! la tempestad se hizo:  
derriba troncos, vuelca los torrentes. . . .

¡Mirad: el cielo, cual cristal plomizo,  
llorando se desgrana en transparentes  
lágrimas congeladas de granizo!

## II

## DESPUES DE LA TORMENTA.

¡La tempestad pasó! ¡Todo fué breve!  
Finge la lluvia gotas de rocío  
sobre el verde gramal, y turbio el río  
dentro su cauce, bramador se muevè.

Se disipa el nublado; viento leve  
sopla del monte, susurrante y frío;  
sacúdese el corcel con noble brío  
y el cisne esponja su plumón de nieve.

Al fin cesó la formidable guerra:  
no fulgura el relámpago, ni el trueno  
con su estallido de cañón aterra;

y—símbolo de paz—rasgando el seno  
del firmamento azul, sobre la sierra  
sonríe Iris límpido y sereno.

## DEL NATURAL.

A Antonio Zaragoza.

### I

#### ALBA.

Amanece. Se ciñe la aurora  
vaporosos cendales de gasa,  
como novia gentil que á su amante  
con los brazos abiertos aguarda.

Retozando se van del alero  
las palomas azules y blancas,  
y atraviesan el límpido espacio  
como castos ensueños de infancia.

Ríe el cielo, fulgura el rocío,  
brotan flores, los pájaros cantan,  
y á las rudas fatigas del campo  
el feliz labrador se prepara.

Tras las altas montañas de Oriente  
surge el Sol, entre un golfo de llamas,  
y en hirviente explosión se desborja  
arrojando corrientes de lava.

Tañe el viento las ramas; el río  
vibra un himno al Criador en su arpa  
de cristal, y de nidos y frondas  
misteriosos rumores se alzan. . . .

Entretanto, el doliente poeta,  
con la pálida frente inclinada,  
elabora la idea en su mente  
y prorrumpe en estrofas aladas.

## II

## MEDIO DIA.

A Angel de Campo.

Medio día. De Febo se inyecta  
la pupila brillante de fuego  
en el áureo cenit; con bochorno  
ya los tordos, los picos abiertos,  
van llegando al aguaje en parvada  
y desfloran las ondas sedientos.

El rebaño descansa á la sombra  
de follajes tupidos y frescos,  
y semejan puñados de cuentas  
al zumbar y bullir los insectos.

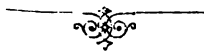
Se recatan temblando los mirtos  
—rojos labios que esquivan los besos—  
al cariño estival de la Siesta  
que desnuda se tiende en el huerto.

Reina un hondo silencio; tan sólo  
del audaz cazador se oye el cuerno  
que en la augusta quietud de la sierra  
vagar deja imponente su eco. . . .



Todo está aletargado: los ríos,  
las florestas, las aves, el viento. . . .

Y tendida indolente en su hamaca,  
núbil criolla de oscuros cabellos,  
va cerrando sus ojos de tórtola  
al pausado y sensual balanceo. . . .



# CROQUIS.

A Manuel M. González.

## I

### STELLA MATUTINA.

Con estremecimientos voluptuosos  
despertó la riñente madrugada,  
la cabellera rubia destrenzada  
y envuelta con cendales vaporosos.

Circulan calosfríos misteriosos  
por la sierra, y el valle, y la hondonada,  
y allá en el florestal, la orquesta alada  
puebla el aire de trinos deleitosos.

Alborea: en las ondas de la fuente  
algo esplende magnífico, algo azoga  
el opaco cristal de su corriente;

mientras la estrella matinal que boga  
en los profundos mares del Oriente,  
en áurea y viva claridad se ahoga.

## II

## AVE FEBE.

A José López Portillo y Rojas.

Van creciendo en el Orto los fulgores  
de la luz matinal. Y todo esplende:  
el plumaje del pájaro que hiende  
el espacio con tímidos temblores;

la gota de rocío que en las flores  
—esmalte de cristal—la noche prende,  
y la fontana que sus linfas tiende  
produciendo al rodar blandos rumores.

De pronto el Sol, cual llamarada roja,  
sus ósculos imprime á la amarilla  
faz del cielo en las ráfagas que arroja;

y el firmamento ruboroso brilla  
como al beso furtivo se sonroja  
de una virgen la pálida mejilla.

## TEMPESTAS.

A Manuel J. Othón.

Entre oscuros y densos nubarrones  
el Sol en el Ocaso palidece;  
braman desenfrenados aquilones  
y semejan estruendo de cañones  
los rayos que retumban. . . .

¡Atardece!

¡La tempestad embravecida llega!  
De súbito fulgura tras la cumbre  
que un mar de sombra impenetrable anega,  
el cárdeno zig-zag que se despliega  
como un ala fantástica de lumbre!

¡Llueve! Las gruesas gotas se desprenden  
con rumor de raudal que se desata,  
fingiéndose flechas que el espacio hienden,  
ó en las hojas, do trémulas se prenden,  
lágrimas melancólicas de plata.

En tanto, el Genio de la faz obscura  
derrama sus tinieblas con derroche  
en la ciudad, el valle y la espesura,

y se aumenta con ellas la pavora  
del cuadro funeral.

¡Se hace la noche!

Ya la lechuza de plumaje lacio,  
con gritos de terror el aire puebla;  
y rauda cruza el infinito espacio,  
ensanchando sus ojos de topacio  
que rasgan flamescentes la tiniebla.

¡Hora de inmensa lucha! En el ramaje  
del árbol que en la selva se levanta,  
Eolo á veces como en un cordaje  
con ímpetu colérico y salvaje  
el himno rudo de los vientos canta.

La garza deja el lago; en pos del nido  
torpe y medrosa en el tular se interna;  
y, del espeso bosque en lo escondido,  
el leopardo feroz lanza un rugido  
y corre á guarecerse en la caverna.

Revienta el rayo; á su estallido horrendo  
el águila se aterra, pues advierte  
viendo rodar las rocas con estruendo,  
que con ellas su nido irá cayendo  
y sus polluelos hallarán la muerte.

Y llueve. Y el relámpago despliega  
 tras el crestón de la empinada cumbre,  
 que un mar de sombra impenetrable anega,  
 su ala inmensa y fantástica, que ciega  
 con los fulgores de su viva lumbre.

Solo estoy. Y en el mudo paroxismo  
 que infunde á mi alma el batallar profundo,  
 siento abrirse á mis plantas un abismo. . . .  
 que quizá en tan tremendo cataclismo  
 de su eje inmenso se desquicia el mundo!

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Cesó de pronto la infernal balumba  
 que hizo un momento trepidar la tierra;  
 el aire huracanado ya no zumba;  
 sólo se oye á lo lejos que retumba  
 el trueno en las gargantas de la sierra.

Se alejó la tormenta; el turbio río  
 se desborda entre abruptos peñascales,

inunda la extensión del bosque umbrío  
y en el barranco arrójase bravío;  
lleva en sí piedras, troncos y animales. . . .

Y tal imita el rápido torrente,  
al descender audaz de roca en roca,  
brioso corcel, que al freno inobediente,  
da un relincho, encabritase impaciente,  
el precipicio salva. . . . y se desboca!

Cesaron por completo los rumores  
tempestuosos; la noche está tranquila;  
riega el aire al soplar frescos olores,  
y los astros, rompiendo los negroses,  
abren parpadeando su pupila.

Y se inflama la atmósfera serena,  
vibra el éther, se argenta la hojarasca. . . .  
¡Oh! qué pasa? ¿no veis?. . . . La luna llena  
surge alumbrando con su luz la escena  
que envolvió en sus tinieblas la borrasca.

## LA CRUZ DE LA MONTAÑA.

A Rafael Delgado.

¡Oh, qué erguida que estás en lo elevado  
del peñón que circunda la malezal  
¡Qué rústico el altar donde te reza  
tarde por tarde el campesino honrado!

Al evocar la mente tu pasado,  
salta á los ojos llanto de terneza;  
que en ti, Jesús, herido con vileza,  
murió por redimirnos del pecado.

Y pues abres tus brazos protectora  
á todo el que te busca con anhelo,  
insignia de pasión, cruz redentora,

deja acogerme á ti, sé mi consuelo,  
y sé también la tabla salvadora  
que en el naufragio me conduzca al cielo.



## LAS CANTARIDAS.

A Jesús E. Valenzuela.

«Unas quieren á la buena  
y otras quieren á la mala:  
para unas es mi cariño  
y para otras las cantáridas.»

*Canto popular.*

Del *chayotl* sobre las guías  
verdes, brillantes y largas,  
en los amarillos cálices  
de flores de calabaza,  
ó del *guaje* entre las hojas  
elegantes y afelpadas,  
se ven, como puntos negros  
brillando al sol, las cantáridas.

Acércate á verlas: tienen  
cabeza negruzca y cárdena,  
sobresalientes mandíbulas,  
robustas patitas largas,  
acerado corselete,  
breves antenas delgadas,  
élitros verde-metálico  
y voluminosa panza.

¿Las conociste? ¿Son bellas?  
¿No te asustaron? ¿Te agradan?  
¿Sí? Pues déjame decirte  
por qué cantarles me halaga,  
por qué vengo á recogerlas  
en esta redoma diáfana  
que bien pudiera llamar  
una *redoma encantada*.

Para las criollas esquivas,  
para aquellas que no aman,  
para las que no han sentido  
circular fuego en el alma,  
para las que mi ternura  
y mi cariño rechazan,  
para esas mujeres - mármol,  
para esas, son las cantáridas.

Yo soy tu amigo y te cuento  
mis secretos y artimañas,  
á ti te confío todas  
mis más recónditas ansias ;  
pero no te digo cómo,  
sin que se sospechen nada,  
al interior las aplico  
hechas polvo, las cantáridas!

¿Que te cuente? ¡Curiosilla!  
 ¡Al fin mujer! ¡Todo indagas!  
 ¡Bah! Para ti la receta  
 es de ninguna importancia. . . .  
 ¿Tú me quieres? ¿Sí? Pues eso  
 me satisface y me basta . . .  
 Nunca sepas cómo aplico  
 para el amor las cantáridas.

Amame siempre: sé de esas  
 mujeres apasionadas  
 que no necesitan cáusticos  
 que les ampulen el alma. . . .  
 que sean tus brazos sierpes  
 que me estrangulen con rabia. . . .  
 Bésame. . . . tu boca quema  
 como una divina brasa!

Clávame hondo tus pupilas  
 de pantera, enarenadas  
 de oro. . . . tus pupilas verdes  
 —dos trémulas gotas de agua  
 que hiere un rayo de luna  
 sobre dos hojas de malva—  
 y entona este cantarcillo  
 de tu bardo en la guitarra:

*Unas quieren á la buena  
y otras quieren á la mala:  
para unas es mi cariño  
y para otras las cantáridas.*



## JUAN EL YUNTERO.

A José Peón del Valle.

¿Por qué está triste *Juan el yuntero*?  
¿Por qué el indito llorando está?  
¿Por qué solloza, por qué se queja  
allá en el fondo de su jacal?

¿Le ha desairado la guapa criolla  
de frescos labios de flamboyán,  
cuyos ojuelos miran dormidos  
como los ojos de la torcaz?

¿Acaso lejos de su serrana  
nadie acompaña su soledad?  
¿Acaso sabe que le ha olvidado  
y siente celos el rabadán?

¿Qué es lo que tiene *Juan el yuntero*?  
¿Quién le ha causado tan grave mal?  
¿Acaso ha muerto su madrecita?  
¿Por eso al monte no va á leñar?

Dejad al indio que en la guitarra  
cuenta sus penas. . . . que llore más. . . .  
Vamos, comienza — le gritan todos —  
Y así muy triste comienza Juan:

«Estoy enfermo, tengo una pena  
que no me deja vivir en paz:

perdí al buey pinto que más quería,  
mi mejor yunta truncada está!

¡Qué encornadura, qué corpulencia,  
qué bella estampa del animal!

¡Era muy fuerte para el trabajo,  
no se cansaba nunca de arar!

¡El fué la causa de aquellas mieses  
que florecieron en mi heredad,  
y él fué la causa de la riqueza  
que en mis graneros guardada está!

¡Vivan los bueyes, los nobles bueyes  
Que son del campo nuncio de paz!  
*El «De Profundis» de sus mugidos*  
es como himno de libertad!»

Y calló el indio; sonó un aplauso  
de los labriegos, al terminar,  
y hoy todos saben la fútil causa  
que le produce tan grave mal.

Hoy todos saben por qué tan triste,  
por qué tan triste llorando está,  
el pobrecito *Juan el yuntero*  
allá en el fondo de su jacal. . . .

# LAS PALMERAS.

A Balbino Dávalos.

(RONDEL).

En apretado regimiento,  
luciendo altivas sus cimeras,  
ondulan trémulas al viento  
—gentiles criollas— las palmeras.

Como flotantes cabelleras  
que destrenzó huracán violento  
—lánguidas criollas— las palmeras  
ondulan trémulas al viento.

Ya muestren frutas tempraneras,  
ya su triunfal florecimiento,  
ó finjan haces de banderas,  
amo á esas criollas, las palmeras  
que ondulan trémulas al viento.

## NUPCIAS DE AGUILAS.

A Efrén Rebolledo.

La tarde.

Es un mar de oro el horizonte  
y un selvático templo la montaña;  
el Sol finge en la gloria del crepúsculo  
un gran escudo azteca entre las llamas,  
que deja ver, al coruscar, el rostro  
de un viejo emperador.

De pronto, raudas  
—impuros pensamientos dentro el cráneo  
de una impúbera virgen —la incendiada  
y transparente atmósfera atraviesan  
—aves apocalípticas—dos águilas.

¿De dónde vienen? De las agrias cumbres  
de las sierras surianas.

¿A qué han llegado? A celebrar sus bodas  
en el fondo sin luz de la hondonada.  
Vedlas: El moño de su testa altiva,  
triumfal penacho de guerrero iguala;  
sus ojos bajo el arco de las cejas,  
en el paisaje vespéral se espacian.



Corvos sus picos son y también corvas  
las asesinas garras,  
que hunden en el ijar de los jaguares  
y rompen de la boa las escamas.  
Ambas ciñen collar como unas reinas,  
collar de plumas blancas  
que en el flexible cuello sobresale  
entre plumas leonadas.

Vedlas: Acaban de posar el vuelo,  
y ya los abanicos de las alas  
nerviosamente agitan. . . .

A un aprisco  
de pronto alevos bajan,  
y el tímido rebaño al presentirlas  
acobardado se alborota y bala.  
Y se perpetra el crimen. Alevosas  
suspenden en los garfios de sus garras,  
la una, un cabrito negro;  
la otra, una oveja blanca.

Y el pastor, á los trémulos balidos  
que las víctimas lanzan,  
vuelve la faz al cielo, ve en el aire  
con la rapiña á las malditas águilas,  
y con el dorso de la diestra enjuga  
en su rostro de Pan, algunas lágrimas.

Entretanto, la noche — esclava nubia —  
tras de su largo viaje por el Sahara  
planta su tienda en el agreste Oasis  
de la más rica flora americana.

Y al sacudir el polvo del camino  
de su veste enlutada  
enjoya el dombo azul del firmamento  
con estrellas muy pálidas.

La noche.

Hay un olímpico banquete  
en el fondo sin luz de la hondonada;  
hay fruiciones y espasmos y aleteos  
en el nido de amores de las águilas. . . .

Y toca el viento un himno epitalámico  
en su clarín de plata.



## EN LA MUERTE DE UN POETA SURIANO.<sup>1</sup>

Ya descansas en paz bajo otro cielo.  
Lejos, muy lejos de la Patria mía,  
tranquilo duermes en la tumba fría  
cual nuevo Dante en extranjero suelo.

Llora la Juventud con hondo duelo  
su perpetua orfandad. . . . quedó sin guía,  
y en su arpa la pálida Elegía  
—tórtola sollozante—alza su vuelo.

Caíste al golpe de la muerte herido,  
como en el Circo el gladiador romano  
cansado de luchar, rueda vencido. . . .

Mas no importa! Tu numen soberano,  
aun en las sombras del sepulcro, hundido  
baña en su luz al mundo americano.

<sup>1</sup> Este soneto fué escrito en la creencia de que los restos del Sr. Ignacio M. Altamirano quedarían en San Remo (Italia), donde murió.





# INDICE.

Págs.

Mi guitarrico . . . . .	7
Soneto verde. . . . .	10
Geórgica. . . . .	11
A un labrador . . . . .	16
En la hamaca . . . . .	17
La caída de la tarde . . . . .	19
<i>Acuarelas.</i> — I. La mañana . . . . .	22
II. La siesta. . . . .	23
III. La tarde . . . . .	24
IV. La noche. . . . .	25
Los alacranes . . . . .	26
La flor del nopal . . . . .	29
<i>Oleografías.</i> — I. Al amanecer . . . . .	32
II. Al caer la tarde. . . . .	33
El alma de las flautas . . . . .	34
Playera . . . . .	38
<i>Al crayón.</i> — I. Primavera . . . . .	40
II. Estio . . . . .	41
III. Otoño . . . . .	42
IV. Invierno. . . . .	43
Florinda. . . . .	44
Gris. . . . .	49
<i>Claro-oscuro.</i> — I. La tormenta . . . . .	51
II. Después de la tormenta . . . . .	52
<i>Del natural.</i> — I. Alba . . . . .	53
II. Medio día. . . . .	55
<i>Croquis.</i> — I. Stella matutina . . . . .	57
II. Ave Febe. . . . .	58
Tempestas. . . . .	59
La cruz de la montaña . . . . .	63
Las cantáridas . . . . .	64
Juan el yuntero . . . . .	68
Las palmeras . . . . .	70
Nupcias de águilas . . . . .	71
En la muerte de un poeta suriano . . . . .	74







**DEL MISMO AUTOR:**

“NATURA” (poema precedido de algunos juicios críticos).

**EN PREPARACIÓN:**

“NATURA” (4.<sup>a</sup> edición elegantemente ilustrada).

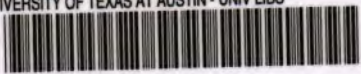
“JUVENÍLIA” (verso).

... ..



Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3025498697

0 5917 3025498697